



GUY DE MAUPASSANT



ALLOUMA

I

Si en tu viaje á Argel—me había dicho mi amigo—te acercases por casualidad á Bordj Ebbaba, no dejes de hacer una visita á mi antiguo camarada el colono Auballe.

Había olvidado el nombre de Ebbaba y el del colono Auballe, cuando, por pura casualidad, llegué á su casa.

Hacia cerca de un mes que recorría á pie toda esa magnífica región que se extiende entre Argel y Chershell, Orleansville y Tiaret, árida á trozos y á trozos poblada de árboles, grandiosa é íntima. Encuéntranse allí entre dos montes, en angosto valle, frondosos pinares que los torrentes cubren en invierno. Enor-

mes árboles cruzados sobre la torrentera, sirven de puente á los árabes y también á los bejucos que enroscándose á los troncos muertos les procuran el adorno de una vida. Hállanse en desconocidos pliegues de montaña parajes de una belleza aterradora y arroyuelos cuyas orillas cubiertas de adelfas, tienen un encanto indescriptible.

Pero, lo que dejó en mi corazón los más gratos recuerdos de esta excursión, fueron las caminatas de por la tarde á lo largo de los senderos, casi sin árboles, que atraviesan aquellas ondulaciones de la costa, desde donde se domina un inmenso país montañoso y rojizo entre el azulado mar y la cordillera del Ouarsenis, que ostenta en sus cimas el bosque de cedros de Teniet-el-Haad.

Aquel día me extravié. Acababa de trepar á la cresta de un monte desde donde había divisado, por encima de una serie de colinas, la larga planicie de la Mitidja, y detrás, en la cumbre de otra cordillera, tan distante que apenas se veía, el extraño monumento que llaman la Tumba de la Cristiana, sepulcro, según se cuenta, de una familia de reyes mauritanos.

Descendía, encaminándome hacia el Sur, divisando



do frente á mí, limitada por las cimas que, á la entrada del desierto, yérguense hacia aquel cielo clarísimo, una comarca montañosa y aleonada, como si todas sus colinas estuviesen cubiertas de pieles de león cosidas unas á otras. De trecho en trecho, en medio de aquellos montes, uno más alto que los que tenía al lado, elevaba su cumbre puntiaguda y amarilla, semejante al encrespado lomo de un camello.

Yo andaba de prisa, más ligero cada vez, como se camina cuando se baja de lo alto de una montaña por sus tortuosos senderos.

Nada pesa en estas ligeras caminatas animadas por el vivo aire de las alturas; nada pesa, ni el cuerpo, ni el corazón, ni los pensamientos, ni siquiera las preocupaciones.

Aquel día no sentía en mí nada de cuanto aplasta y tortura nuestra existencia, y notaba tan sólo el placer de aquel descenso.

Divisaba á lo lejos campamentos árabes, tiendas negruzcas, puntiagudas, agarradas al suelo como los mariscos á las rocas, y chozas, cabañas de ramas y madera de las que salía un humo gris. Formas blancas, hombres ó mujeres, vagaban con lentitud en torno de ellas, y la brisa de la tarde llevaba á mis oídos el tintineo de las esquilas de los ganados.

Los madroños del sendero que yo seguía se inclinaban extraordinariamente cargados con sus frutos color púrpura, que esparcían por el camino. Parecían árboles mártires; hallábanse enteramente bañados en un sudor sangriento; del tronco de cada una de sus ramas pendía un grano encarnado semejante á una gota de sangre.

En torno de ellos, la tierra estaba completamente roja, y el pie, aplastando el redondo y rojizo fruto, dejaba en el suelo huellas de asesinato. A veces,

pegando un brinco, cogía al paso los más maduros para comérmelos.

Los valles iban envolviéndose en un vapor que surgía lentamente, como el vaho de la piel del buey; y en la cordillera que cerraba el horizonte en la frontera del Sahara, resplandecía un cielo maravilloso. Largos regueros dorados alternaban con regueros de sangre—¡más sangre! sangre y oro, toda la historia humana—, y entre ellos abríase á veces una angosta grieta de un azul verdusco, infinitamente lejano como el sueño.

¡Oh! ¡qué lejos! ¡qué lejos estaba de todas las cosas y de todas las gentes, que son objeto de las conversaciones en los bulevares; y hasta de mí mismo, convertido en una especie de ser errante, sin conciencia y sin pensamiento; y qué lejos también de mi camino, en el cual ya no pensaba, pues al acercarse la noche me dí cuenta de que me había extraviado!

Sobre la tierra caía la sombra como un alud de tinieblas, y ya no descubría frente á mí más que la montaña, que se perdía á lo lejos.

Como de pronto divisara unas tiendas en un vallecito, bajé y traté de hacer comprender al primer

30499

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DE NUEVO LEON

"ALFONSO REYES"

Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

árabe que me salió al paso la dirección que yo buscaba.

¿Me entendió? Lo ignoro; ello es que me habló largo rato sin que yo comprendiese nada.

Desesperado, me disponía á pasar la noche sobre una alfombra junto al campamento, cuando creí oír entre las extrañas palabras que salían de su boca, el nombre de Bordj-Ebbaba.

Repetí:

—Bordj-Ebbaba.—¡Sí, eso es!

Y le enseñé dos francos: una fortuna. El echó á andar; le seguí. ¡Oh! seguí mucho tiempo, en la noche oscura, á aquel pálido fantasma que corría descalzo delante de mí por los senderos pedregosos donde yo tropezaba sin cesar.

De repente brilló una luz. Llegábamos delante de la puerta de una casa blanca, especie de fortín de paredes rectas y sin ventanas exteriores. Llamé; varios perros aullaron dentro. Una voz francesa preguntó: «¿Quién va allá?»

Respondí:

—¿Vive aquí el señor Auballe?

—Esta es su casa.

Abrieron y me hallé en presencia del propio se-

ñor Auballe, un buen mozo rubio, con aspecto de Hércules bonachón, calzado con babuchas y con su pipa en la boca.

Le dí mi nombre; y él me tendió ambas manos, diciéndome:

—Está usted en su casa, caballero.

Un cuarto de hora más tarde comía con avidez frente á mi huésped, que seguía fumando.

Yo conocía su historia. Después de haber gastado mucho dinero con las mujeres, había empleado los restos de su fortuna en tierras argelinas y dedicábase al cultivo de la vid.

Los viñedos marchaban bien; era dichoso, y tenía la tranquila expresión del hombre satisfecho. No podía yo comprender cómo aquel parisién, calavera, había podido acostumbrarse á una vida tan monótona en aquella soledad, y pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Nueve años.

—¿Y no ha sentido usted grandes tristezas?

—No; se acostumbra uno á este país, y se acaba por amarle. Usted no sabe cómo va apoderándose de las gentes por una porción de pequeños instintos animales que desconocemos en nosotros. Nos

aficionamos á él, en primer término, por nuestros órganos, á los cuales procura secretas satisfacciones que no razonamos. El aire y el clima conquistan nuestra carne á pesar nuestro, y la alegre luz que le inunda mantiene á poca costa el espíritu claro y satisfecho. Entra en nosotros á torrentes, sin cesar, por los ojos, y diríase que lava todos los rincones sombríos del alma.

—Pero ¿y las mujeres?

—¡Ah!... Escasean algo.

—¿Algo nada más?

—Caramba, sí... algo. Porque siempre hay, en las tribus, indígenas complacientes que piensan en las noches del rumí.

Se volvió hacia el árabe que me servía, un moce-tón moreno, cuyos negros ojos brillaban bajo el turbante, y le dijo:

—Vete, Mohammed; te llamaré cuando te necesite.

Luego, dirigiéndose á mí, añadió:

—Comprende el francés, y voy á contarle á usted una historia en la cual ha desempeñado él un papel importantísimo.

Y cuando aquel hombre hubo salido, principió en los siguientes términos:

—Llevaba yo aquí unos cuatro años sin estar completamente instalado bajo todos conceptos en este país cuya lengua empezaba á silabear, y me veía obligado, para no romper por entero con pasiones que me han sido fatales, á hacer de vez en cuando un viaje de varios días á Argel.

»Había comprado esta granja, este *bordj*, antiguo puesto fortificado, á unos centenares de metros del campamento indígena, cuyos hombres empleo en mis cultivos. En esa tribu, fracción de los Oulad-Taadja, escogí cuando llegué, para mi servicio particular, á un gallardo mozo, el que acaba de ver usted, Mohammed ben Lam'har, que muy pronto empezó á tomarme gran cariño. Como no quería dormir en una casa, á la cual no estaba acostumbrado, levantó su tienda á pocos pasos de mi puerta, con el fin de que pudiese yo llamarle desde la ventana.

»¿Adivina usted mi existencia?

»Pasaba todo el día recorriendo desmontes y plantaciones, cazaba algo, iba á comer con los oficiales de los vecinos puestos, ó bien venían ellos á comer á mi casa.

»En cuanto á... placeres, ya le hablé á usted de

los míos; Argel me ofrecía los más refinados; y de vez en cuando un árabe complaciente y compasivo me detenía en mitad de un paseo para hacerme la proposición de llevar á mi casa, por la noche, una mujer de la tribu. Aceptaba en ocasiones, pero generalmente rehusaba, por temor á los enemigos que aquello pudiera proporcionarme.

»Y, una noche, al principiar el estío, regresando de dar un vistazo á mis posesiones y teniendo necesidad de decir algo á Mohammed, entré en su tienda sin llamarle. Esto me ocurría á cada paso.

»Sobre una de esas grandes alfombras rojas de larga pelambre, de Djebel-Amor, espesas y suaves como un colchón, una mujer, una muchacha, desnuda casi, dormía con los brazos cruzados sobre los ojos. Su cuerpo blanco, de una blancura que relucía bajo el rayo de luz de la cortina levantada, aparecióseme como una de las más perfectas muestras de la raza humana que en mi vida había visto.

»Las mujeres son aquí hermosas, altas y de una rara armonía de rasgos y líneas.

»Algo confuso, dejé caer la cortina que cerraba la tienda y me fuí á casa.

»Me gustan las mujeres. El rayo de aquella visión

me había atravesado y quemado, reanimando en mis venas el antiguo y temible ardor al cual debo el estar aquí. Hacía calor, corría el mes de Julio, y pasé casi toda la noche en la ventana, fijos los ojos en la sombría mancha que dibujaba en el suelo la tienda de Mohammed.

»Cuando al siguiente día éste penetró en mi aposento, le miré cara á cara, y él bajó la cabeza como hombre confuso, culpable. ¿Adivinaba lo que yo sabía?

»—¿Por ventura estás casado, Mohammed?—le pregunté bruscamente.

» e vi ponerse encarnadó, y balbuceó:

»—No, señor.

»Le obligaba á hablar francés y á darme lecciones de árabe, lo que producía con frecuencia una lengua intermedia de las más incoherentes.

»Repuse:

»—Entonces, ¿por qué hay una mujer en tu casa?

»Él murmuró:

»—Es del Sur.

»—¡Ah! ¿es del Sur? Pero eso no explica su estancia en tu tienda.